



Balcón al Campo

por Antonio López Marco

Refranero: Abril

Parte su tiempo abril entre llorar y reír.

La lluvia abril amadrina y acoge a la golondrina.

En abril, aguas mil, y todas caben en un barril.

Abril mojado, de panes viene cargado.



¿Y ahora qué?

El año va un poco “a lo moderno”, pasa de todo, está hecho un payaso, no se acuerda cuándo tiene que llover, tampoco de que en invierno ha de hacer frío y en verano calor. Dadas estas circunstancias, sumado al comportamiento de los responsables agrícolas en cuanto a las ayudas, la desconfianza total en la mayoría de todo lo que se mueve en cualquier administración o función estatal y las pocas o ningunas ganas de trabajar de “los pardillos” (¡que ya no son tan pardos!); los amantes de las buenas prácticas, formas, modales y coraje “no encontramos el asa”: el despilfarro está servido.

Los nuevos tiempos para lo único que están valiendo en el sector agrario del Campo de Montiel es para demostrar lo idiotas y obscenos que somos, aunque nuestras madres nos parieran para algo diferente, ¡la cantidad de cosas útiles que se han perdido y “lo que te rondaré, morena”! El bienestar social del que tanta gala hacen nuestros políticos, de los que se puede decir que unos son peor que otros pero nunca unos mejor que otros, con estas perspectivas y en vista de los que se está cociendo en la elección para la candidatura del futuro presidente de nuestro país, queda muy en el aire. Creo, sinceramente, que la democracia se merece algo más de los que estas señorías nos ofrecen. Los electores no sabemos dónde echar el anzuelo y me parece que esto es serio.

Nos merecemos dirigentes con amplitud de miras y nosotros debemos exigirselas en una Europa cada vez más insolidaria, mientras tanto... ¿ahora qué?

Antiguos artesanos

Recuerdo oficios que han desaparecido, otros que perduran por el empeño de algunos artesanos y otros, como el de zapatero, que estuvo a punto de desaparecer y la crisis lo ha rescatado.

Recuerdo a las encajeras de bolillos, hoy tenemos a Margarita que enseña cómo

trabajar con ellos y a bordar. Antes estaba doña Elena que fue profesora y supervisora en el bordado a alta escala para comerciar.

Modistas también hubo, y aún queda alguna. En sus casas teníamos a Carmen Villar, Nicolasa, Pilar (“Majilla”), Isabel (“Fusila”), Mariquilla (“La de los Soles”), Ascensión González; y como sastra Pepa Solera. En corte y confección estaban Pepita Ruy y las hermanas Mairena.

Remontándonos a los años 50 recuerdo a un traperero llamado por mal nombre “Boca braga”, padre de “Mal d’orina”, que anduleaba por las calles pregonando aquello que compraba o lo que ofrecía para amas de casa: “Y llevo agujas pa la que sepa coser”; “Chiquillos tirar los baberos al suelo y que los coja el tío traperero”.

En cuanto a los zapateros los hubo y de categoría, entre ellos José Jaime como maestro con varios oficiales como Juan José Torres, “Pajilla”, Antonio y otros. También Juan Pedro y sus oficiales; “El Chiquete” y sus oficiales; Meneses y oficiales, Doroteo, José Vicente, Crispines, rentero, Gumersindo, Reberte, Francisco (“Jeque”), Ángel, Antonio (“Bulle”), Jamelín, Reclu, Leandro Sánchez, Vicente Arcos, “Campanillas”. Hoy tenemos remendones como Pepe Escribano, Luis Torres y Coca. Referidos a ellos recordamos el diálogo entre el zapatero y el gañán de su parcela: “Dale gordo y somero que es p’al zapatero”; a lo que replica el oficial “Lezna gorda y cabo delgao que mal me lo ha arao”.

La montera

Habrà quien piense que la montera es la mujer del montero ¡y no!, es una prenda para la cabeza que en los hombres del campo era muy utilizada para resguardarse del frío invierno. Sabemos que se llama montera también a la cubierta de una casa, de una vidriera de patio, de un alambique, etc. La que nosotros conocemos nada tiene que ver con lo dicho ni



Isabel Villar Fernández, última monterera

con las de paño que utilizan los monteros en las cacerías.

La montera que se colocaban en la molera los campesinos era, es, una obra de artesanía cuya confección no está al alcance de cualquiera. En nuestro pueblo recordamos por nuestros progenitores a Matías “el Monterero”, propietario de fincas urbanas y rústicas como la Casa Matías en la Encomienda de Vega; en el cementerio aún está su panteón con su nombre inscrito. Una vez que Matías deja el oficio, lo continúa Jerónima Arroyo e hijos: Reberte Castro Arroyo y María Castro Arroyo, madrastra de Isabel Villar Fernández que heredó el oficio y con la que acabó la saga.

Ahora quien no ha querido que se pierda este oficio artesanal es Miguel Plaza Benito, algo tendrá que ver con que sus parientes hayan sido de oficio pellejeros, pues para hacer una buena montera se precisa la piel de un choto, a ser posible recién nacido o de un aborto.

Este gremio tuvo gran auge y daba grandes beneficios, en vista de la fortuna que amasó Matías, de ahí el dicho de: “Me voy a meter a monterero para ganar buenos cuartos ¡y en aquel tiempo nacían sin cabeza los muchachos!”.



Óptica
Quevedo

Quevedo, 6 - Teléf.: 926 361 389 - VILLANUEVA DE LOS INFANTES

Verás lo mejor

Alfonso Valero García

ÓPTICO OPTOMETRISTA Nº 7.102